

Una modelo de Grau en el Restrepo



Natalia Porras Bonilla*
wiccanatalia19@hotmail.com

“Mis pómulos salientes y un pequeño huequito en mi mejilla izquierda; mi cabello negro y mi cuerpo macizo”. Estas características fueron las que conquistaron al maestro Enrique Grau, quien eligió a Luz Marina, una indígena de 14 años, entre 20 modelos altas y refinadas mayores de edad. Fue allí cuando la vida de esta mujer tomó un rumbo diferente al de la mayoría de indígenas. A partir de ese momento se convirtió en una de las “Ritas” de Enrique Grau.

Luz Marina Ducuara Aroca, quien actualmente tiene 66 años, pertenece a la comunidad indígena Ambika de los Pijaos. Aprendió medicina homeopática aprovechando el saber tradicional de su etnia, mucho después fue Consejera de Planeación Local en la localidad de Antonio Nariño y actualmente trabaja en la oficina de Mujer y Género de la Alcaldía Mayor de Bogotá. Y aunque ha hecho muchas más cosas en su vida, lo que la dio a conocer fue haber sido modelo y gran amiga del maestro Grau durante 24 años.

A los siete años Luz Marina conoció Bogotá por una tía suya, quien pensó que lo mejor sería que estudiara en la capital. Cuando llevaba dos años de carrera en Bellas Artes en la Universidad Nacional conoció al maestro, quién la convirtió en su modelo. Cuando recibió su primer sueldo, \$50.000 por semana de trabajo en 1954, dice: *“Imagínate, esta cantidad era mucho, así que chao a la universidad, además tenía que darle lo mejor a mi hijo”.* Así empezaron los años maravillosos de Luz Marina, quien recuerda con orgullo y una sonrisa sincera los momentos que pasó al lado del maestro. Me trae un álbum en donde están todas las fotos, los recortes de periódicos y las fotos de pinturas que Grau le regaló con su figura. *La visita, La boa verde, Último tango, y El Abanico rojo* fueron unas de las tantas obras famosas.

▷▷ * Estudiante de Biología de la Universidad Nacional.
Taller El Tintal.

El estilo de Grau ya era muy reconocido por ser uno de los transformadores del arte en Colombia y su estilo era alabado por unos y criticado por otros. La conocida crítica de arte Marta Traba, escribió sobre su obra: *“Presenta un carácter decorativo, es un gran conocedor del oficio y su obra contiene temas idénticos como la figura femenina”*. En otra ocasión dijo: *“La pintura de Grau equilibra el panorama nacional de las artes plásticas y modera los excesos de los jóvenes artistas abstractos”*.

♦ Las Ritas terrenales

Ahora, como aseguran muchos autores, *“todas las mujeres de Grau son las Ritas del planeta”*. Son mujeres que parecieran tener una misma identidad: fornidas, sin llegar a ser tan obesas como las de Botero, con pieles generalmente morenas que evidencian la niñez y vida cartagenera del artista. A pesar de sus fuertes cuerpos, siempre muestran una clara feminidad, ya sea sensual, tierna o cotidiana; no obstante, lo que más destaca Grau en sus féminas es el disfraz, la decoración o la amplificación de utilería femenina con collares, lazos y sombreros.

Luz Marina recuerda que las sesiones con el maestro eran muy largas. *“Me quedaba de doce a quince horas en una misma posición, entonces, con el tiempo, empecé a tomar clases de yoga, disciplina que junto con la meditación me permitía pasar el dolor de los músculos por estar tanto tiempo rígida. Y a veces el maestro me hacía levantar para que yo le diera su opinión acerca del cuadro; siempre me parecieron lindísimos”*.

“Y usted, ¿en qué meditaba, en qué pensaba para concentrarse y relajarse?, le pregunto. *“Bueno, yo sólo fijaba un pensamiento que era ver crecer a mi niño y enviarlo a Europa”*, responde.

Luego surge la pregunta más obvia de todas, pero que no me atrevo a pronunciar. Ella la adivina y me dice: *“No, mi amor, lo que me mantuvo tanto tiempo al lado del maestro fue su respeto hacia mí”*. Luego de trabajar para Grau durante 24 años, decidió vivir su vida y no a la sombra del maestro: *“Todo lo que viví con el maestro tuvo un centro principal, que fue mi hijo Alfredo. Yo quería darle lo mejor, entonces le pagué una carrera de Artes en Londres y allí estuvo durante 20 años”*.

♦ Saberes pijao envasados

Luz Marina viajó por Europa durante cinco años, y estuvo un año en México. Mientras estaba en ese país vio la noticia de la erupción del volcán que acabó con Armero en 1985, entonces, decidió volver a su país, ayudó a los damnificados y regresó a Bogotá, en donde se instaló definitivamente. Montó cinco farmacias homeopáticas, basadas en los viajes que hizo y en la tradición de los saberes pijao; dos de estas farmacias se abrieron en el barrio Restrepo, una de ellas llamada Mandrágora, la hierba de las brujas o la planta antropomorfa. Actualmente estas farmacias no existen, pero en el segundo piso de su casa en el Restrepo sigue funcionando una.

En el año 2000, la Comunidad Ambika se legalizó. La casa de Luz Marina fue declarada centro cultural para la promoción y valoración de la comunidad pijao. Allí se reúnen 20 familias pijao residentes en Bogotá, aunque la sede principal de esta comunidad se encuentra en Usme. Desde hace un tiempo las comunidades de ambas sedes se congregan para celebrar cada año el Encuentro de culturas y saberes indígenas Minga, el último fue en julio de 2006. Un espacio de diálogo indígena que se realiza en la ciudad con el fin de hacer visibles los saberes ancestrales, la problemática y los proyectos de vida de las comunidades indígenas de Bogotá, organizado por la Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte. Luz Marina dice con orgullo que *“las dos etnias más bárbaras de Colombia son los pijaos y los motilones de Cúcuta, y si no que vea la actitud aguerrida en los partidos de fútbol”*.

Así percibe Luz Marina a Bogotá: *“Es la máxima plaza, yo la adoro porque me impulsó desde muy joven en mi carrera de modelo artístico. El barrio Restrepo, por su parte, es la máxima seguridad, uno puede llegar a cualquier hora y es tranquilo, aunque las calles están abandonadas”*.

Hablar con Luz Marina, no es solo encontrarse con un pedazo de la historia de Bogotá, la obra del maestro Enrique Grau o enterarse de las tradiciones indígenas; ella es una mujer con calor humano, inteligente y práctica, que prefiere ahorrar mucho y privarse de lujos. Le encanta contar su historia, que ha vivido de un tirón, dice ella, pero que la hace sentirse totalmente realizada. Aunque ya no es tan famosa como en otras épocas, todo el tiempo emprende proyectos, trabaja siempre para su comunidad que lleva en su corazón, porque como ella misma dice: *“Yo sé que dentro de mí hay una joven de 20 años”*.

Cualquiera que entre a su centro cultural ubicado en carrera 20 No,19-21 sur, al respaldo de la plaza de mercado, podrá degustar de una bebida agria como la chicha pijao acompañada de la sonrisa amable de una memorable mujer, eternizada en las obras de Enrique Grau. O si lo prefiere, búsquela en las paredes de alguna galería o museo. Allí, pintada sobre un lienzo, está también Luz Marina. O pásese por el Parque Nacional y encontrará a una impetuosa vigilante en la esquina de la 39 con séptima.